

Yale University Library Digital Collections

Title	Amédée Ozenfant. "El arte de ser original." Compas, Buenos Aires, Agosto 1936. [8297-1]
Date	1936 {id=286414}
Rights	The use of this image may be subject to the copyright law of the United States (Title 17, United States Code) or to site license or other rights management terms and conditions. The person using the image is liable for any infringement
Container information	Box 104 Slide: 77
Generated	2021-02-27 04:30:51 UTC
Terms of Use	https://guides.library.yale.edu/about/policies/access
View in DL	https://collections.library.yale.edu/catalog/10662295

El arte de ser original

Señorita:

Su madre no se atreve dejarle frecuentar mi academia.

Le dice: "La fuerte originalidad del maestro destruiría tu pequeñísima originalidad, Nadine."

Su señora madre le desconoce, y desconoce al director de conciencia al alabar al pintor. Usted está necesariamente dotada de una irreductible originalidad. Lo declaro con firmeza, aunque no tengo el gusto de conocerla y no sé otra cosa sino que a usted le gustaría pintar. Yo respeto la originalidad de mis alumnos; es más, si ellos la ignoran, los conduzco a descubrísela.

¿Qué es, pues, esta particularidad tan estimada, tan mal definida, o mejor, definida tan mal, sin embargo apasionadamente envidiada, que hace que corran frenéticamente detrás de ella, cien mil pintores, escultores, escritores, músicos, arquitectos, comediantes, de toda edad y sexo, sin contar la multitud de los no artistas que quieren singularizarse: la o-ri-gi-na-li-dad? ¿Es la originalidad un don de los dioses, de las hadas, a alguna suerte que hay que alcanzar, recoger, pescar o querer? ¿En qué se reconoce?

¿En alguna extravagancia?

El ser original llevaría entonces el cháiéco encarnado cuando los demás lo llevaran verde; los cabellos violeta cuando la moda fuera llevarlos azules... Hay pelirrojos casi rojos: son los verdaderamente originales. Parecen lo que son. Uno de los paisajistas más originales pintó sencillamente los árboles verdes y llevaba chalecos como los demás: Carot; la afectación y la extravagancia no serían una señal de originalidad.

Es de creer que la voluntaria originalidad de los "dandys", la afición a la melena, a la chalina o al chambergo del artista; el que uno pinte así y el otro de distinta manera, no es lo que hay que entender por originalidad, siendo más bien trucos para hacer despertar esta creencia por la etiqueta.

¿Bastaría pintar monstruos?

Se puede pensarlo. En este caso el más original sería el que pintara los monstruos supermonstruosos.

Todos conocemos esta tropa especializada en hacer espantapájaros: todos se parecen y no son ya más que pequeños monstruos de habitación, que terminan agrandando, lo que constituye el colmo del fracaso. Además la realidad no es otra cosa que extrañeza y un monstruo sobre todo imaginado, no es más extraño que el resto del mundo y hasta la belleza.

Cada uno por su cuenta encuentra la realidad normal, pero esta normalidad cada persona la ve de diferente manera. Bastaría entonces pintar tal como uno ve para tener la seguridad de parecer original. Y por ver entiendo yo no solamente lo que se comprueba, sino también lo que se imagina.

Pero generalmente el artista mediano encuentra que todo lo que ve o imagina carece de originalidad.

Lo que ve es para él fatalmente natural y así arregla a su modo lo que ve y le parece banal y lo que era original. A tal esfuerzo llega la debilidad de su originalidad: quería parecer un pavo real y pasa por un gallo.

Es muy difícil pintar como uno ve, porque la mayoría de los hombres —y el artista también es hombre, no ven lo que ellos ven, sino como otros que les han parecido originales, lo han visto. Y eso no se llama original sino plagiarlo. Y el mundo de los artistas, grandes de la tierra, burgueses, obreros y campesinos, no se compone sino de estos plagiarios, a los que André Breton llamó los "conformistas".

No se puede ser original sino para los demás. El verdadero original coloca a los otros en su propio punto de vista particular. Pero todos los biólogos y todos los psicólogos saben que no hay dos seres idénticos en este mundo. Basta observar los gatos, los moluscos, todos los hombres, las mujeres y las señoritas. Hay dos millones de seres humanos originales sobre nuestra tierra. Es usted, señorita, uno de estos originales.